

BOGOTA EN EL SIGLO XIX. LA REPUBLICA Y SU ESPACIO FISICO

Alexis Elena Pirela Torres

El paso de la condición colonial a la república provoca una adecuación urbana y arquitectónica a la modernidad decimonónica.

Un nuevo orden que modificó las instituciones conllevó a la preparación técnica que procurara el desarrollo. La formación de ingenieros, la promoción del arte dejaron penetrar las corrientes neoclasicistas de moda en los países avanzados. La expansión económica, el comercio exterior, aceleraron la industrialización y con ello el crecimiento urbano. Renovación, higienización, dotación de servicios públicos, los barrios residenciales fuera del antiguo casco central, una nueva red de comunicaciones, para conformar la fisonomía de la ciudad republicana.

El orden físico-espacial que colocará a Bogotá en la órbita de la modernidad y vuelve obsoleto el sistema urbano colonial español.

Nineteenth Century Bogota: The Republic and its physical groundspace

The stride from colonial to republican city called for a planning and architectural expression in the terms of the Nineteenth Century's modernity.

The new state of things required an equal technical preparation in order that development could be assured. The training of engineers and the fostering of Art opened the way for neo-classical influences from the most advanced countries. Economic growth with overseas trade served to hasten on the expansion of industrialization and the city. Renewal, sanitary reform, the setting up of public services, new neighbourhoods beyond the old city limits, new transport facilities, all these had their part to play in the reshaping of the Republican City's features and gave to it a new groundspace that bespoke modernity and cut it off for evermore from the systematics proper to Spanish colonialism.

La ciudad de Santa Fe de Bogotá fue emplazada entre dos ríos y la montaña sobre la sabana, en una planicie a 2.640 metros sobre el nivel del mar, por el año de 1539.

Superar estas limitaciones geográficas fue tal vez el primer gran reto de la ciudad. En su plano reconstruido sobre la primera imagen urbana, Bogotá es una cuadrícula ordenadísima con un total aproximado de 53 manzanas entre los dos cauces (Martínez, C., 1975, p. 66). En otro plano de finales del siglo XVIII apenas se han traspasado los márgenes, las calles, a lo largo de más de doscientos cincuenta años siguieron alineándose con la estructura primitiva. En el sentido Es-

te-Oeste se habían agregado unas tres calles a cada lado de la Plaza Mayor y en el otro sentido, unas ocho calles al Norte y tres al Sur. La tendencia de crecimiento era Norte-Sur, explicable a partir de la posibilidad de comunicación con Guatavita, Zipaquirá y Tunja al Norte, y Chipaque, Fómeque hacia el Sur. En el plano citado se observan apenas tres puentes, lo que indica que la continuidad de las calles es puramente formal; funcionalmente, la ciudad está compartimentada.

En una descripción del último tercio del siglo XVIII leemos: «... sus calles son anchas, derechas y empedradas de preferente todas con tal disposición que ni en el invierno se ven lodos ni fastidian polvos en el verano; sus edificios altos y bajos son costosos y bien labrados a lo moderno, de piedra, ladrillo, cal y texa, de suerte que no los exceden los de Castilla...», las casas

Alexis Elena Pirela Torres es Arquitecta y Profesora de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Zulia, en Maracaibo. Ha colaborado en este artículo el Arquitecto Alberto Córdoba Pardo.

Las fotografías han sido cedidas por la Arquitecta Reina Correa y UCCI (Unión de Ciudades Capitales Iberoamericanas).

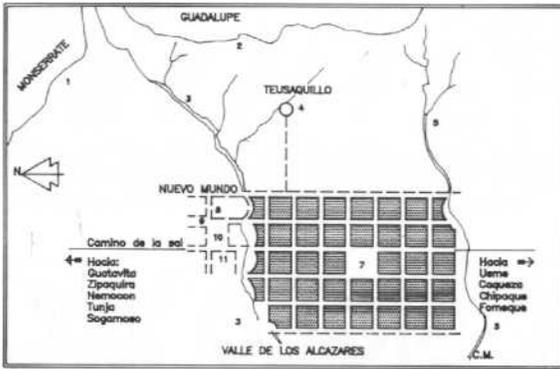


FIG. 1. Plano de la fundación de Bogotá.

son tan dilatadas en los sitios que casi todas tienen espaciosos patios, jardines y huertas..., hermosísima cuatro plazas y cinco puentes de arcos sobre los dos ríos que la bañan, de San Francisco y San Agustín para la comunicación de unos barrios con otros, y el de San Francisco, tan provechoso a la ciudad que, además del agua que reparte a muchas fuentes y particulares, forma una acequia en que dentro del círculo de la población, muelen ocho molinos» (Dorta, M., 1945, p. 75). Para 1923 «las casas particulares de Bogotá están en general bien construidas, no tienen la mayor parte más que un piso que se alza sobre el patio en el que hay según costumbre árabe fuentes y naranjos..., cada calle está destinada a un oficio particular, lo cual no impide que las tiendas sean muy sombrías y pequeñas» (anónimo, 1891, p. 339). La ciudad que aquí se describe responde al modelo hispano-colonial típico, con una ambientación teñida de caracteres medievales.

En el aspecto arquitectónico dos obras que

dan terminadas a principios del siglo XIX, una de las cuales es considerada como «una tipología sin precedentes en la arquitectura Virreinal sudamericana» (Gutiérrez, R., 1983, p. 243), el Observatorio Astronómico, obra de Fray Domingo de Petrés, consistente en «una torre octógona, de trece pies de rey de lado y 56 de altura» (Hernández de Alba, G., 1946, p. 90). Levantado en la antigua casa de la Expedición Botánica y terminado en 1803.

La otra obra, del mismo autor, la nueva Catedral de Bogotá fue proyectada en 1807 y terminada por Nicolás León a la muerte de Petrés, quien reconstruyó las torres, levantó la cúpula y el sagrario. «Tan espléndida es la Catedral actual, tan imponentes las pilastras y columnas, tan amplio su recinto de 5.300 metros cuadrados de extensión que ciertamente se impone. Planta, fachada y capillas laterales, la hermosa cúpula y su sacristía espléndida donde predomina el orden compuesto» (Hernández de Alba, G., *op. cit.*, p. 36).

Pero el elemento que articula la fisonomía colonial urbana y le imprime su carácter, es la Plaza Mayor entendida en su conjunto, el espacio abierto más la masa edificada que la envuelve: «Mientras fue Plaza Mayor de Santa Fe caracterizada por su Pila del Mono y su Picota justiciera, en su ámbito concéntrica integra la vida de la ciudad... Las casas reales que ocupan el costado Sur, las del muy ilustre Cabildo y regimiento que se elevan en la mitad del occidental y las del capitán Olaya que se levantan en la esquina contrapuesta a la Catedral, en construcción desde 1553, constituyen la riqueza arquitectónica de la Plaza» (Hernández de Alba, G., *op. cit.*, p. 22).

Esta ciudad estructurada con los símbolos de la colonia (trazado en damero, Plaza Mayor, Catedral, Cabildo, etc.) será la imagen urbana que después de la Emancipación adquirirá un significado peyorativo.



FIG. 2. Plano de Santafé de Bogotá de 1797.

La República no solamente significó un cambio de la estructuración política del país, sus instituciones incidieron gradualmente en el espacio físico hasta procurar los cambios necesarios que según la aspiración de la época borraría la obsolescencia colonial para dar paso a la ciudad «moderna».

DEL VIRREINATO A LA REPUBLICA

El siglo XIX marcado por la herencia colonial y sus ánimos independentistas que a la postre vinieron a desintegrar la Gran Colombia en 1830, continúa un proceso de inestabilidad que estuvo conformada tanto por la serie de constituciones redactadas entre 1832 y 1886, como por las guerras civiles con el sucesivo atraso general. Este era el panorama de la época y hubo que esperar hasta mediados del siglo para que los elementos considerados como significativos de progreso se manifestaran por medio del incremento del comercio interno, las exportaciones y las inversiones de capital motivadas por la fundación de las entidades bancarias. Con ellas, la construcción de edificios y nuevas vías de comunicación.

El fin del siglo estuvo matizado por la adaptación al cúmulo de invenciones de la Revolución Industrial provenientes de Europa y Estados Unidos y que influyeron en la modificación del aspecto físico del país y de las ciudades colombianas especialmente Bogotá.

La sanción de la Constitución de 1832 introduce a la Nueva Granada en un sistema centralista que se prolongará hasta 1858 (Ocampo López, J., 1984, p. 237), con la instalación definitiva de la Confederación Granadina; mediaron sin embargo en este lapso otras dos Constituciones: la de 1843, de carácter centralista y autoritario, y la de 1853, que da origen al régimen federalista y con él a las Autonomías. Para 1863 se constituirán los Estados Unidos de Colombia comenzando así el período del radicalismo que consolidó la posición liberal. A esta estructura se sumaron importantes cambios que modificaron en gran parte la actividad y desarrollo del país: los impulsos revolucionarios, y el aumento del poder civil en un contexto federal, la separación de la Iglesia y el Estado con lo que se benefició además la educación pública laica, la introducción del libre cambio y la descentralización de las rentas, la abolición de la esclavitud y la libertad de expresión. Circunstancias éstas insuficientes para contrarrestar la inestabilidad político-económica enmarcada por el enfrentamiento entre conservadores y liberales. La reforma política trascendental del siglo la determinó la Constitución de 1886, «principal instrumento en que se plasmó el proyecto regenerador de Rafael Núñez» (Londoño Vélez, S., 1986, p. 7), que sustituye el régimen federal por el central y conforma la República de Colombia (sistema que aún se mantiene). A partir de este momento las circunstancias políticas no van a cambiar sustancialmente,

por lo que el siglo XX se inicia en condiciones semejantes.

Además de las luchas partidistas, la causa insurreccional que cobró fuerza, fue la emancipación de los esclavos que también originó guerras civiles, movimientos que tuvieron una característica común «empezando por las extremidades del territorio, en donde se hace sentir menos la influencia del centro gubernamental y extendiéndose luego los levantamientos de la circunferencia hacia el centro» (Camacho Roldán, S., 1948, p. 210). Así fue cómo para 1851, después de cinco movimientos importantes entre los años 1828 y 1842, el movimiento de insurrección tenía tres cabezas: «a) el partido exitado hasta la demencia; b) el interés de los dueños de esclavos, y c) la exaltación del clero católico contra las reformas, es decir, el fanatismo religioso de un pueblo ignorante a quien se quería hacer creer que iba a ser destruida la religión» (Camacho Roldán, S., *op. cit.*, p. 208). Estos movimientos tuvieron mayor auge en el sur o en Antioquia (1851) mientras que Bogotá, un tanto al margen de la situación, era afectado por otras causas además de las conocidas: la exigencia de libertad de prensa absoluta, la inseguridad ciudadana, las ambiciones personales en la sucesión de la presidencia de la república y las fricciones con el gobierno de Perú y el Ecuador; sin embargo, no se vieron a mediados de siglo consecuencias como las de las anteriores contiendas: la represión sangrienta, los destierros, los fusilamientos y las medidas de seguridad. Sólo hubo a finales de siglo ocho años de paz, rápidamente olvidados con la guerra de los mil días en 1900.

A mediados del siglo XIX la población de la República llegaba a los dos millones, distribuidos entre las veinte provincias dejadas por el régimen colonial. Las producciones industriales aparte de los artículos alimenticios que cada cual producía limitada a su propio consumo eran: oro, plata (cuya producción en 1848 era casi nula pero que a finales de siglo había aumentado ostensiblemente), los tejidos de algodón, las carnes, el dulce y el tabaco, la industria del cultivo de esta hoja que en los años 1850 a 1865 era considerada una de las principales del país, hizo duplicar el valor de las fanegadas de tierra para producirlo, «triplicó la tasa de los jornales en las tierras calientes y lo duplicó en las tierras frías...», introdujo el consumo de carne en la clase jornalera, y creó con ello una fuente de riqueza y de prosperidad que determinó la formación de dehesas de pastos artificiales..., resolvió la navegación por el río Magdalena» (Camacho Roldán, S., *op. cit.*, p. 127), su comercio internacional vino a sucumbir ante la competencia de las islas asiáticas y las provincias holandesas. Finalmente fue relegado por el café que incrementó su exportación a finales de siglo convirtiéndose desde ese momento en el producto básico de la economía nacional.

En cuanto a las nuevas inversiones de capital fueron cuatro las causas de su progreso: la primera fue el aumento de población que exigió

nuevas viviendas; la segunda, el mejor gusto por éstas auxiliado por el incremento progresivo de la riqueza pública; la tercera «viene de la redención de censos en el tesoro público y la desamortización de bienes de manos muertas» (Carmacho Roldán, S., *op. cit.*, p. 129) por lo cual fueron mejorados y puestos a producir; la cuarta fue la influencia del papel moneda que obligó «a todo el mundo a convertir los guarismos de valores expuestos a desaparecer por el descrédito en bienes reales, tangibles y con seguridad de conservar su valor».

La desamortización contribuyó a la reforma de construcciones antiguas, pero cuando este procedimiento se hizo insuficiente se promovieron las construcciones de nueva planta, afectadas por el vertiginoso incremento del costo de los materiales. Afortunadamente la fundación del Banco de Bogotá y la de otros diez durante los años 1870-1880 (en 1847 no existía ni uno solo), motivaron la afluencia a estos establecimientos de los capitales ocultos, los depósitos no requeridos en los negocios del día; la emisión de billetes les proporcionó nuevos recursos y el interés de los capitales de 18 y 24 por 100, en ocasiones a menos del 10 por 100. Hubo crédito personal, facilidad para encontrar quien prestara dinero, lo que reanimó los negocios e incrementó la construcción a su vez facilitada por la ejecución de las carreteras de acceso a Bogotá por el Norte y el Occidente.

Las oscilaciones que tuvo el papel moneda con respecto al valor del oro y la plata como consecuencia de la guerra de 1885, creó una nueva desconfianza en este recurso motivando un impulso en el proceso constructivo a su vez procurado por un crecimiento inesperado en la población.

Un año después de la redacción de la Constitución de 1821, un proceso de transformación se desencadenó en la esfera de las instituciones.

En el entendido de que hace falta un cambio, el factor divulgación es accionado a partir de la creación de organismos de difusión cultural como el Papel Periódico de Bogotá en 1822, que proponía la publicación de temas sobre geografía, agricultura, política, fotografía, etcétera.

Después de la separación de la Gran Colombia existe la necesidad de reafirmación de la República Independiente, por lo que en 1842 se interviene en el campo educativo con el fin de dirigir éste hacia unos objetivos civilistas y de preparación técnica en el concepto de «lo práctico y lo útil». La necesidad de desarrollo hacía imprescindible un personal calificado para acometer los planes de intervención en el medio regional y urbano. Dos salidas fueron: la reorganización de la educación con la apertura de las primeras escuelas normales para formar maestros y más tarde, en 1867, la creación de la Ley de Universidad Nacional. La otra salida será la apertura a las potencias en desarrollo, promoviéndose las inmigraciones desde 1825.

El presidente Mosquera (tres mandatos a partir de 1845) jugó un papel determinante en la eje-

cución de los proyectos republicanos al implementar medidas que impulsaron los cambios básicos necesarios. Además de propiciar la protección del comercio con el Atlántico Norte, organizar el sistema de correos; lo más significativo para nuestro tema en cuestión fue la creación de un Colegio Militar para la formación de ingenieros civiles, reforzando esto con la traída de extranjeros instruidos en distintas disciplinas. En 1845 llegaron al país el matemático Aime Bejerrón, el físico José Evoli, los ingenieros Zavodski y Bracho, y el arquitecto Tomás Reed entre otros.

La promoción cultural se vio reforzada por continuas reorganizaciones de los métodos de enseñanza y sus objetivos a lo largo del siglo, sin embargo, para 1884 los estudios ingenieriles o arquitectónicos no están aún dentro de la estructura universitaria existiendo sólo las carreras de Jurisprudencia, Ciencias Naturales, Medicina, Filosofía y Literatura.

A partir de los años ochenta el desarrollo artístico empezó a tener sus órganos de difusión. En 1881 se creó una escuela de pintura. Promovido por la gente que iba a estudiar a Europa se introdujeron nuevas técnicas para el arte como la Litografía y Xilografía. Alberto Urdaneta, gran impulsor del arte, creó en 1886 la Escuela de Bellas Artes y en ese mismo año organizó la primera exposición de arte en Bogotá donde con un total de 1.200 obras, se expusieron pinturas, dibujos, tallas, fotografías, planos de arquitectura y mapas. Para 1887 se funda la Sociedad Colombiana de Arquitectos.

La influencia de la cultura italiana se vio reforzada por la presencia de los arquitectos Pietro Cantini, Juan Lombana y Mario Lombardi mencionados hacia la década de los ochenta; los pintores Ramelli y Faccini que decoraron el Teatro Colón hacia 1890 y el establecimiento de una Escuela de Artes y Oficios dirigida por los Padres Salesianos de la orden de Don Bosco.

La actividad comercial por su parte se vio impulsada con la Institución Bancaria y el aglutinamiento de la actividad en el centro de la ciudad. Para 1895, Santa Bárbara, el barrio más céntrico, contaba con «900 comercios, 254 talleres mecánicos, 5 Bancos, 20 hoteles, 15 boticas, 10 imprentas, 19 centros educativos, 14 templos y 23 edificios públicos y 3.400 casas» (Ibáñez, P., 1951, tomo II).

LA PROYECCION ESPACIAL DE LAS TRANSFORMACIONES REPUBLICANAS

A medida que el aparato institucional generado por la política republicana se iba originando, su repercusión en el entorno fue haciéndose evidente de una manera gradual, lenta pero concreta. La República implementó los mecanismos tanto funcionales como formales para producir en el medio el impacto necesario para contraponerse a la obsolescencia de la estructura colonial. Aun con todas las limitaciones económicas,



FIG. 3. *Observatorio Astronómico (Fray Domingo Petrés, terminado en 1803).*



FIG. 4. *Nueva Catedral de Bogotá (Proyectada en 1807).*



FIG. 5. *El Capitolio.*



FIG. 6. *Colegio Mayor San Bartolomé.*

las instituciones lucharon por proyectarse sobre el espacio físico de las ciudades que a partir de este momento propenderán a romper con las imágenes urbanas de la dominación y sobre todo, se esforzarán por aproximarse a los modelos vanguardistas de las ciudades «modernas» para con ello poder alcanzar el objetivo del «desarrollo» que en las potencias europeas (que son sus paradigmas) alcanza casi un siglo de industrialización y maquinización.

Si observamos los sucesos acaecidos a partir de la primera Constitución de 1832 hasta más o menos 1869 la tendencia en general será principalmente, la de estructurar el sistema institucional, junto con la creación de los símbolos del nuevo Estado independiente. Es de esta época el encargo y proyecto del edificio para el Capitolio, a convertirse en el «símbolo republicano» junto a la colocación de la estatua de Bolívar en la Antigua Plaza Mayor para imprimirle un sentido representativo a este importante espacio público.

La etapa entre 1870 y 1889 estuvo concentrada en la dotación infraestructural y de nuevas funciones públicas. Se caracterizó por la introducción de sofisticados sistemas: el telégrafo, el barco a vapor, las redes de alcantarillado, el tranvía, el gas, etc. Con la consecuente acción sobre la trama urbana, se construyen diez puentes en este período. El nacimiento de las Instituciones Bancarias impulsará la construcción de edificios de alto nivel.

En la última etapa a partir de 1890, la modernidad ya es un hecho. La locomotora innovadora de las comunicaciones, la luz eléctrica, las instalaciones industriales, los grandes edificios públicos resumieron la proyección física de un Estado que transformó la imagen urbana al punto de introducir en ella la «moda» de los países avanzados.

Ciudad y Región

De Europa y América del Norte se obtuvieron los elementos necesarios para la estructuración del sistema Nacional. Lo que durante la colonia se había caracterizado por unos núcleos urbanos aislados con una precaria red de caminos y una penosa navegación fluvial, requería de una revolución en sus medios de comunicación a fin de mejorar las conexiones y hacer realidad la unidad del país.

Hasta finales de los años setenta dos van a ser los recursos implementados para tal fin, uno la apertura y mejoramiento de una red vial y otro la instalación del telégrafo.

La única posibilidad de comunicarse en la antigua articulación colonial eran los débiles caminos determinados por unas dificultades geográficas extremas. En 1808 quedó terminado el camino desde Bogotá hasta el río Magdalena, era una vía que partía desde el centro de la ciudad y atravesaba la sabana, llegaba hasta Honda para desde allí navegar al Magdalena y comuni-

carse con el resto del Atlántico. La otra posibilidad era la carretera del Norte que vía Zipaquirá comunicaba con Tunja.

En la década de los sesenta se instaló el servicio de telégrafos con la primera línea entre Bogotá y Puerto Nare en 1865, extendiéndose muy pronto hasta Medellín y Manizales. Dos décadas después se conectaba la red con el cable submarino del Pacífico. El sistema quedará comunicado con todo el mundo contando con 56 oficinas en el país. El telégrafo fue un servicio que a escala regional revolucionó las comunicaciones y modificó significativamente el paisaje, los postes telegráficos invadieron con su reiterada localización las vías apareciendo como un elemento nuevo en el paisaje urbano e interurbano.

El otro recurso tecnológico a escala regional indispensable para la ciudad que estuvo obligada a depender del curso del Magdalena fue la introducción del barco a vapor, puesto en uso desde 1867. Se estima que para 1881 existían 23 embarcaciones con unos 300 viajes al año y 4.329 pasajeros. Su capacidad, tamaño y función trajeron modificaciones en forma de puertos y puntos de consumo del material combustible organizados en la ribera del río.

En una segunda fase otros medios importantes de comunicación fueron incorporados, el sistema de correos con la adhesión a la Unión Postal Universal en 1881; el teléfono, introducido al país en 1880 e instalado en Bogotá en 1884 con 47 líneas en operación al año siguiente.

El ferrocarril, máximo símbolo del avance comunicacional de la cultura del siglo XIX, fue instalado en 1889 cuando el 20 de julio llegó el primer viaje procedente del interior a la sabana de Bogotá. El servicio contó con cuatro locomotoras y fue acogido al decir popular «... los animales de hierro, poderosos vehículos de la civilización moderna» (Ibáñez, P., *op. cit.*, tomo IV). Ya desde 1871 Barranquilla tuvo su primera línea en funcionamiento, en 1876 se inició la instalación del de Cúcuta, en el 78 el de Buenaventura a Cali, así sucesivamente hasta que luego de la interrupción producida por la guerra de 1885 se iniciaron los trabajos para la primera conexión con Bogotá.

Estos tres servicios significaron un fuerte impacto para el medio físico, teléfono y correos con sus edificios administrativos, el ferrocarril impuso a escala regional el sistema de vías, fuerte elemento divisor del uso funcional del espacio, necesitando además una serie de acometidas para su mantenimiento, aparte de la necesidad de los puntos de penetración a la ciudad en la forma de grandes edificaciones para la administración de ese transporte; las estaciones ferroviarias, una modalidad arquitectónica novedosa producto del desarrollo tecnológico de la época.

Para la fabricación de los rieles se instaló en la sabana de Bogotá la ferrería de la Pradera. Esta importante industria hubo de repercutir más tarde en el desarrollo edilicio e ingenieril.

La dotación de servicios

Las acciones sobre la ciudad tendentes al mejoramiento de la calidad de vida fueron principalmente: la Estructuración del Sistema Vial, el Saneamiento y el Equipamiento Urbano.

Dentro del tema de la *Estructuración del Sistema Vial* consideraremos dos aspectos: uno, la política de mejoramiento del estado de las calles, y el otro, la ampliación del sistema a partir de la realización de un conjunto de obras de ingeniería que pudieron por fin mejorar los límites orográficos coloniales.

En el plano de Bogotá de 1797 (Martínez, C., 1967, p. 196) podemos verificar la estable organización en damero de la ciudad irradiándose desde la Plaza Mayor hasta sus limitantes geográficos naturales. Pueden contarse aproximadamente un número de 12 por 19 calles manteniéndose estable el crecimiento de la ciudad hasta bien entrado el siglo XIX.

Para poder iniciar un proceso de expansión fue necesario superar, primero que todo, las restricciones orográficas. Cosa típica del espíritu del siglo consistía en superar mediante la tecnología las condiciones dificultosas que la naturaleza oponía al desarrollo.

Con la intervención del presidente Mosquera Bogotá vio proyectarse una serie de acometidas en las que en primera instancia se utilizó la capacitación técnica extranjera. Tomás Reed, el arquitecto danés había venido para la realización del Capitolio, pero su intervención se extendió hasta el campo del equipamiento vial cuando, bajo su dirección, se construyeron los puentes de San Francisco, La Filarmónica, Cundinamarca y el Carmen a partir de 1858. De esta manera se prolongaron por encima y más allá de los ríos las líneas de las calles, transformando el valor del suelo al quedar éste integrado cómodamente a la ciudad. Un total de 14 puentes fueron construidos en un espacio de treinta y dos años, la reciprocidad entre número de obras y técnicos, precipitó la evolución de la ingeniería. En 1870 Colombia contaba con 275 ingenieros (Londoño Velez, S., *op. cit.*, p. 56).

Para los años setenta la construcción del puente de Santander hecho en «hierro rígido»

significó un paso de avance para las estructuras de soporte más allá de la tradicional obra en sillería de piedra.

La superación de los límites coloniales con las obras de ingeniería y la repavimentación de las antiguas calles marcaron la primera fase de reorganización urbana.

El Saneamiento. Para la salud pública se requería las acciones de limpieza, dotación de aguas potables, drenajes de aguas servidas, canalización de las quebradas y vigilancia. Todos estos aspectos pueden considerarse como obras modernas tendentes a mejorar el nivel higiénico de la ciudad y que requieren de la creación institucional, así como los medios técnicos para su ejecución.

La primera importante acometida fue la red de alcantarillado público. Aún antes que el agua potable, en 1871, se construyeron los primeros metros de albañales o alcantarillas para la recolección de las aguas servidas, entre la Plaza Bolívar y el mercado a la altura de la calle 10, en forma de cauces embaulados cubiertos con adoquines. Estas sustituyeron a las antiguas acequias coloniales por ser cauces abiertos en el centro de las calles, totalmente insalubres.

El sistema de agua potable entró en 1886 cuando se contrató el establecimiento del acueducto con tubería de hierro, se aprovechó la caudalosa irrigación fluvial, se instaló el primer sistema por tanques para la recolección.

La participación de los ingenieros contribuyó al embaulamiento de algunos riachuelos y ríos que en las crecidas superaban sus cauces causando inundaciones con sus nefastas consecuencias en el entorno. En 1889 el Ministro de



FIG. 7. Plaza Mayor, hoy de Bolívar.



FIG. 8. La calle 10.

Fomento se interesa en las obras del puente Santander ordenando la construcción de murallas de contención y ajardinando las riberas (Ibáñez, P., *op. cit.*, tomo IV).

Un aspecto de saneamiento urbano lo constituyó la instauración de un puesto de vigilancia nocturna que estuvo a cargo de la municipalidad.

El Equipamiento. Tres aspectos tendentes a mejorar la calidad del espacio público fueron incorporados a la ciudad.

El alumbrado público. Con este medio se cierra prácticamente el ciclo de dotación de sistemas infraestructurales que calificarían a la capital dentro de una perspectiva moderna. El primer sistema de iluminación pública se efectuó con el alumbrado a gas en 1873, la instalación del servicio requirió la explotación de una mina de hulla y la construcción de los edificios necesarios para su funcionamiento y administración. Se utilizó la tubería de hierro, instalándose 45 tubos para 45 cuadras más 23 tubos de madera que se alimentaban de dos gasómetros. En 1876 quedó por primera vez iluminada Bogotá.

La luz eléctrica fue instalada en la última década del siglo, constituyendo una revolución de la calidad ambiental. Los equipos iniciales fueron cuatro máquinas dinamo-eléctricas con una capacidad de 108 focos.

El transporte público fue otro elemento para la organización civil. Para 1882 existe en la ciudad un tranvía tirado por caballos; hasta ese momento el transporte había sido resuelto individualmente mediante coches de tiro importados, en 1886 ya eran construidos en el país.

La línea del tranvía atravesó la ciudad desde el centro en dirección norte hasta el núcleo de Chapinero. A pesar de que su funcionamiento dejaba mucho que desear al depender del tiro (llamado de sangre) significó el inicio del transporte colectivo.

Otra acción directa sobre el entorno que modificó el aspecto de Bogotá fue la remodelación de las antiguas plazas y la apertura de otras con finalidad de servicio colectivo. Dos tipos de plazas públicas son ensayadas: una, la Plaza Cívica, de carácter monumental, y la otra, la Plaza de Mercado, lugar de intensa actividad de intercambio social y comercial.

Los programas de intervención fueron muy intencionados en este sentido, la reposición de estatuas conmemorativas, obeliscos, pavimentación de veredas, arborización fueron pautas para la reorganización de estos espacios.

Dos plazas importantes donde se simboliza la nacionalidad van a ser la Plaza de Bolívar y la Plaza de los Mártires de la Revolución. A la plaza de Bolívar se le coloca la estatua en 1848 reivindicando con ello el sentido cívico de ese espacio, en 1888 se le cambia su antiguo pedestal de estilo churrigueresco por uno de estilo neoclásico, y se le manda construir un jardín de severo estilo inglés (Ibáñez, P., *op. cit.*, p. 480). Diez años más tarde quedó de estilo francés cuando el consejo municipal la remodela asfal-

tándole las veredas y cercándola con una verja mandada traer de Europa. En 1884 se había colocado por primera vez en Bogotá y en los predios de la plaza un *carrousel* de diversiones.

Por su parte el monumento de los Mártires de la Revolución ostentaba un obelisco de 17 metros de altura y cuatro estatuas perimetrales (1872).

La Plaza del Mercado se construyó en 1864 y en 1861 en la prolongación Norte de la ciudad se construyó el Parque de Bolívar con monumentos de estilo Historicista Europeo.

La arquitectura republicana

«... Desde que se transformaron ganaron elegancia y simetría, hasta el punto de borrar de las calles dichas el sello de ciudad española de la Edad Media que los paredones y rejas del convento le imprimían a las vías más centrales» (Ibáñez, P., *op. cit.*, p. 547).

Junto con la dotación de servicios, en la configuración del paisaje moderno, los edificios sirvieron como el vehículo de máxima intensidad expresiva del cambio.

El momento inicial de esta acción es en 1847 cuando pasa a Bogotá el arquitecto Tomás Reed a encargarse de las obras del Capitolio «..., un palacio republicano, que proporcione decente alojamiento a todos los altos Poderes Nacionales: el Congreso con sus dos Cámaras, la Corte Suprema, más el Tribunal del distrito de Cundinamarca, el Registrador, los Escribanos, al Presidente de la República y su familia y los cuatro Departamentos del poder Ejecutivo con sus dependencias» (Gutiérrez, R., *op. cit.*, p. 375). Después de la demolición de antiguos edificios coloniales, se colocó la primera piedra del Capitolio al frente Sur de la Plaza de Bolívar. Tres años más tarde se terminaron las cimentaciones, pero la obra sufrió muchos retrasos debido a la conflictiva situación política y económica del país. En 1870 se le encargó su continuación al arquitecto Olaya, quien malinterpretó los planos de Reed, la falta de unidad estética y mala solución estructural causaron su demolición en 1891; se reanudaron las obras con el arquitecto Pietro Cantini, con todo ello no fue concluido hasta principios del siglo xx.

Con el auge de la Banca, esta nueva actividad tomará sus predios en el complejo urbano a partir de 1871. Las poderosas instituciones procuraron levantar sus edificios en las proximidades del centro y en las calles más transitadas. En una década surgieron por lo menos cinco bancos importantes. El arquitecto Juan Lombana aparece como responsable del diseño y obra del Banco de Colombia iniciado en 1875 «con fachada de piedra, con peristilo coronado por azotea sostenido por cuatro columnas de orden corintio» (Ibáñez, P., *op. cit.*, p. 565).

Edificios nuevos surgieron con el fin de dotar de instalaciones a funciones como el manicomio,

la penitenciaría y las estaciones del tranvía.

El manicomio tuvo por sede el antiguo convento de San Diego, en 1884 se construyó un nuevo edificio de planta en cruz con dos plantas a cargo del arquitecto Lombana. La penitenciaría o Panóptico se inició en 1872 «semejante a la penitenciaría de Filadelfia con planta de cruz» con locales para la guardia militar, botica, almacenes, capilla, rodeado por sólidas murallas con torreones cada 10 metros.

Pertenece también a este período la iglesia de Chapinero iniciada en 1875. Hacia la última parte del siglo se construyó el edificio para la telefónica «sólida torre de ladrillos» al lado del Palacio municipal. Se firmó un contrato para un matadero y se reconstruyó el templo de Santo Domingo.

Hubo dos obras de singular importancia que revistieron a la ciudad de modernidad, la fundación de los Teatros Colón y Municipal. A cargo del Arquitecto Santamaría con financiamiento del Banco Internacional y en los terrenos de una antigua escuela pública se terminaron en 1890 las obras del Teatro Municipal: «... El salón está rodeado por cuatro órdenes de galerías embellecidas por ornamentación de cartón pensado traído de Alemania, lo mismo que el cielo de tela pintada, lujosa escalera conduce a los palcos» (Ibáñez, P., *op. cit.*, p. 606). Ese mismo año se expropió el antiguo coliseo que había sido el primer antecedente de esta actividad; fue demolido y en su lugar se levantó el Teatro Colón, «en atención a las crecientes exigencias sociales de la capital se levantó un nuevo teatro con fachada de 16 metros de altura (más alto que la Catedral) ... los umbralados son de piedra y hierro y de ese metal son las columnas del interior del edificio, fundidas en la herrería de la Pradera. En caso de incendio tendrá el teatro agua del acueducto a la altura que se quiera. El alumbrado será eléctrico producido con maquinaria perteneciente al teatro» (Ibáñez, P., *op. cit.*, p. 607).

Respecto de la vivienda, los modelos heredados de la Colonia marcaron con fuerza y por mucho tiempo la tipología residencial; sin embargo,

el núcleo de Chapinero trajo consigo la implantación de un nuevo Tipo cuya primera diferencia básica era la de la casa aislada rodeada de jardines. Se rompió así con la tradicional casa entre medianeras del centro. Otro rasgo fue el dimensionamiento: la posibilidad de aumentar los espacios habitables; y un factor significativo fue la posibilidad de coger modelos estilísticos de diversos orígenes contrarios al obsoleto estilo hispano.

EL CRECIMIENTO DE LA CIUDAD

En el modelo de la ciudad republicana de mediados del siglo se engendraron los elementos urbanos de crecimiento que evolucionarán hacia las formas contemporáneas.

La característica más destacada de la ciudad moderna desde el punto de vista de su expresión espacial va a ser la expansión. La ciudad tenderá a crecer para atender a un crecimiento poblacional cuyo motivo está imbricado en los cambios económicos sociales de final de siglo.

Para la Bogotá decimonónica la expansión va a tener en primer lugar un significado simbólico y funcional más que demográfico: simbólico porque el motivo de la primera expansión estuvo fundamentado en reafirmar su carácter de capital nacional; funcional, porque la implantación de servicios fuera de los límites urbanos generó otro movimiento expansivo.

El crecimiento urbano sufrido por Bogotá podemos explicarlo a partir de tres procesos: *Sustitución*. Este proceso comenzó a sentirse desde los primeros momentos en la república y consistió en la eliminación de ciertas «funciones coloniales» para ser sustituidas por otras más acordes con el nuevo orden social. En 1871 se fundó el Banco de Bogotá en la casa 266 de la carrera 8; al ubicarse una función comercial en lo que había sido una vivienda se provoca el necesario desplazamiento de esas personas quienes debieron emplazarse en la periferia. *El proceso de adecuación* se explica cuando se sustituyen fun-

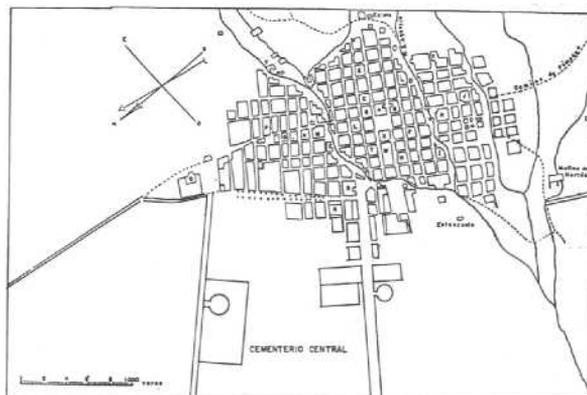


FIG. 9. Plano de Bogotá, año 1840.

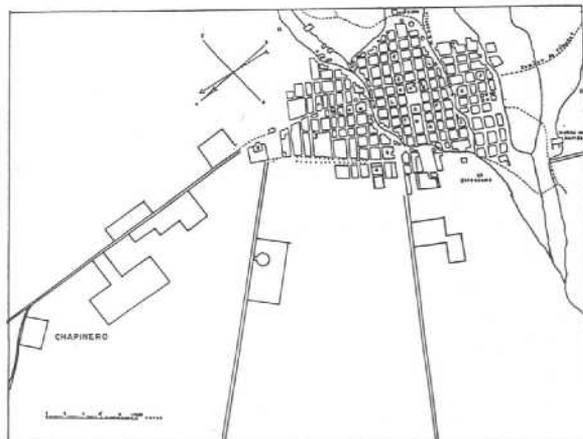


FIG. 10. Plano de Bogotá, año 1930.

ciones cuya influencia colectiva es pequeña por una de mayor cobertura, en el ejemplo citado el banco representa una función comercial a escala urbana promoviendo una transformación del valor del suelo y del carácter zonal; así en la misma carrera 8 se levantó el edificio del Banco de Colombia; con ello la zona fue adquiriendo una imagen comercial que reforzó la idea de «centro de ciudad» donde prima la polifuncionalidad, la alta densidad y la función representativa, a causa de ello la vivienda sufre un desplazamiento que le obliga a apropiarse de nuevos linderos donde la actividad residencial pueda darse con mayor comodidad.

El crecimiento por expansión viene dado por el establecimiento de actividades puntuales fuera de la ciudad que obligan a un desplazamiento. En 1875 el primitivo caserío de Chapinero se modifica replanteando los lotes para casas aisladas a modo de suburbio inglés. Este barrio generó un flujo Norte-Sur razón por la cual surgió el tranvía uniendo los dos puntos importantes de la ciudad: el centro y Chapinero.

La implantación de las carreras de caballos, junto con la construcción del Cementerio Municipal, estimularon el crecimiento en el sentido norte-oeste de la ciudad.

LA IMAGEN DE LA CIUDAD REPUBLICANA

En la expresión de los nuevos edificios y en la percepción del conjunto urbano se resumen los nuevos elementos morfológicos que muestran la nueva ciudad republicana de finales de siglo.

Desde la perspectiva de la Historia de la Arquitectura el siglo XIX occidental estuvo determinado principalmente por la estética historicista y el nacimiento de la arquitectura de hierro.

La tradición del *Beaux-art* como parte de la compleja revolución del conocimiento planteado por la Ilustración, desencadenó una actitud académica cuyos parámetros eran la recuperación y aplicación del Orden y Composición Clásicos de inspiración grecorromana, tendiendo hacia la formulación de una doctrina arquitectónica de carácter científico y universal. Quatremère de Quincy, en su obra *Encyclopedie Methodic*, dedica el volumen I a definir la arquitectura y en el volumen II define las arquitecturas griega, gótica y china en 1788. Respaldo por un *corpus* y por la preparación académica la arquitectura alcanzó un nivel intelectual avanzado donde la forma estuvo muy acentuada de significación. En la medida en que avanzaron Historia, Teoría y Práctica, nuevos modos como el romanticismo, el neogótico, el eclecticismo historicista, tenían validez para el diseño.

Este debate estilístico tropezó con una tecnología nueva de aplicación a los nuevos programas funcionales. La contradicción formal del XIX consistió en la dualidad Academia-Tecnología.

Por un lado Academicismos, Historicismos o Revivalismos exóticos cuya discusión se centraba en el aspecto formal entraron en pugna con la tecnología del hierro. Los ingenieros se encontraron resolviendo los edificios para las ferias mundiales, las grandes estaciones de ferrocarril, amplios mercados, las estructuras desmontables, los puentes de hierro, en resumen, los edificios requeridos por la sociedad industrial.

El Academicismo fue escogido por los Estados Unidos de América necesitado de un lenguaje que fuera elocuente de su ruptura colonial y representativo de la república joven. La composición arquitectónica de los edificios clasicistas sirvió para este fin.

En Bogotá el neoclasicismo había penetrado con los dos importantes ejemplos de Petres, el Observatorio Astronómico y la Catedral, que coincidieron con ser las dos últimas grandes obras de la colonia.

Tomás Reed, de formación alemana, continuó con la implantación del Academicismo europeo al diseñar el Capitolio: «una obra de este tipo debía encuadrarse en los parámetros del Clasicismo Monumental, único capaz para la concepción estética de la época, simbolizar la trascendencia de la legislación materializada» (Gutiérrez, R., *op. cit.*, p. 375).

La imitación a Europa a través del Historicismo fue expresándose en las distintas respuestas, se hizo notable en la intervención a la inglesa o afrancesada de las plazas y jardines «... con pretensión de imitar al obelisco de Luxor que embellece la Plaza de la Concordia en París o la aguja que posee Londres...» (Ibáñez, P., *op. cit.*, p. 584), referencia que hace el cronista Ibáñez a propósito del obelisco levantado en la Plaza de los Mártires de la Revolución. Un templo «semejante al templo de Vesta en Roma» se levantó en el parque de Bolívar; la iglesia de Chapinero fue construida de estilo neoclásico «... único de su estilo en Bogotá que recuerda las viejas catedrales de la Edad Media, que hacen el orgullo de las ciudades europeas» (Ibáñez, P., *op. cit.*, p. 636).

La Ciudad Decimonónica quedó determinada por el gusto europeo plasmado en los edificios republicanos sumados al conjunto del paisaje implantado de plazas y jardines, el tranvía, los hilos del telégrafo, los coches, y la expansión de las élites hacia el suburbio que configuraron una ambientación típica de ciudad industrial. En este sentido el aspecto urbano reforzado por el cambio de hábitos sociales proyectará una «imagen de modernidad» que no entra en contradicción con el acontecer en el resto del mundo avanzado.

Bogotá como capital se vio realizada por un marco contextual de instituciones, edificios y costumbres que siguieron el dictamen de aquellos países. Se procuró borrar el pasado español, se lo cambió por la Moda-Imagen de Francia, Inglaterra, Italia y Estados Unidos.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (1937): *Compains and Cruizes in Venezuela and New Granada in the Pacific Ocean from 1817 to 1830*, París, Publicado en Ibáñez, Pedro. *Crónicas de Bogotá*, Bogotá, 1891, tomo IV, p. 339.
- ARANGO, J., y MARTINEZ, C. (1958): *Arquitectura en Colombia*, Bogotá, Ediciones Proa.
- CAMACHO ROLDAN, S. (1948): *Memorias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- CHAUNU, P. (1976): *Historia de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Universal Buenos Aires.
- D'ESPAÑAT, P. (1983): *Recuerdos de la Nueva Granada*, Bogotá, Editorial Incunables.
- DORTA, M. (1945): *Historia del arte hispanoamericano*, Barcelona.
- GÓMEZ PICON, R. (1957): «El Capitolio de Bogotá», Bogotá, *Revista Proa*, 111.
- GUTIERREZ, R. (1983): *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica*, Madrid.
- HERNÁNDEZ DE ALBA, G. (1946): *Guía de Bogotá. Arte y tradición*, Bogotá, Librería Voluntad, S. A.
- IBÁÑEZ, P. (1951): *Crónicas de Bogotá*, Bogotá, Editorial A. B. C.
- LONDONO VELEZ, S. (1986): *Colombia 1886. Programa Centenario de la Constitución*, Bogotá.
- MARTINEZ, C. (1967): *Urbanismo en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Ediciones Banco de la República.
- MARTINEZ, C. (1975): *Reseña urbanística sobre la fundación de Santafé en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá.
- OCAMPO LOPEZ, J. (1984): *Historia básica de Colombia*, Bogotá.
- VARIOS (1948): *Guía de Bogotá. Sucesos colombianos*, Bogotá, Editorial Sabado.
- VARIOS (1965): *Historia Extensa de Colombia*, Bogotá, Ediciones Lerner.